

Jane Austen

# Persuasión

Traducción de Juan Jesús Zaro



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Persuasion*

Primera edición: 2013  
Segunda edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Juan Jesús Zaro Vera  
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2013, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-906-6  
Depósito legal: M. 5.018-2020  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Primera parte
11	Capítulo 1
21	Capítulo 2
29	Capítulo 3
40	Capítulo 4
47	Capítulo 5
59	Capítulo 6
72	Capítulo 7
85	Capítulo 8
98	Capítulo 9
109	Capítulo 10
124	Capítulo 11
136	Capítulo 12
157	Segunda parte
159	Capítulo 1
169	Capítulo 2
178	Capítulo 3
188	Capítulo 4
197	Capítulo 5

210	Capítulo 6
225	Capítulo 7
234	Capítulo 8
247	Capítulo 9
271	Capítulo 10
292	Capítulo 11
316	Capítulo 12

# Primera parte



# Capítulo 1

Sir Walter Elliot, de Kellynch Hall, Somersetshire, era un hombre que no leía para entretenerse más libro que el *Baronetage*. Con él se distraía en los momentos de ocio y se consolaba en los melancólicos; con él, por un lado, se elevaba hasta la admiración y el respeto, mientras contemplaba lo poco que quedaba a los privilegios más antiguos; con él, por otro, todas las sensaciones desagradables, surgidas de cuestiones domésticas, se transformaban en piedad y desprecio. Al consultar los títulos casi innumerables del último siglo –si aquí una u otra hoja dejaban de interesarle, siempre leía su propia historia con un interés que nunca lo abandonaba–, ésta era la página por la que siempre abría su libro preferido:

«Elliot de Kellynch Hall.

»Walter Elliot, nacido el 1 de marzo de 1760, contra-jo matrimonio el 15 de julio de 1784 con Elizabeth, hija

de James Stevenson de South Park, condado de Gloucester. Esta dama (que murió en 1800) le dio los siguientes hijos: Elizabeth, nacida el 1 de junio de 1785; Anne, nacida el 9 de agosto de 1787; un hijo que nació muerto el 5 de noviembre de 1789; Mary, nacida el 20 de noviembre de 1791.»

Tal era el párrafo salido de las manos del impresor, pero sir Walter lo había mejorado añadiendo al lado de la fecha del nacimiento de Mary, para su información y la de su familia, estas palabras: «casada el 16 de diciembre de 1810 con Charles, hijo y heredero de Charles Musgrove, caballero de Uppercross, condado de Somerset», e incluyendo también el día y mes en que había perdido a su esposa.

Luego seguía la historia y ascenso de la antigua y respetable familia, en los términos acostumbrados: cómo se estableció primero en Cheshire, cómo se la mencionaba en el Dugdale, cómo sus miembros ostentaron el cargo de alguacil mayor, representaron al condado en tres parlamentos sucesivos, dieron muestras de lealtad y alcanzaron la dignidad de *baronet* en el primer año de Carlos II, citándose a todas las Marys y Elizabeths con que habían contraído matrimonio; todo ello ocupaba doce hermosísimas páginas que concluían con el escudo de armas y el lema: «La principal casa familiar es Kellynch Hall, en el condado de Somerset». Al final de este párrafo, sir Walter había añadido de su puño y letra:

«Presunto heredero, William Walter Elliot, biznieto del segundo sir Walter».

La vanidad era el comienzo y el final de la personalidad de sir Walter Elliot: vanidad por su físico y por su

posición. Había sido muy apuesto en su juventud y, aunque tenía cincuenta y cuatro años, todavía era un hombre bastante agraciado. Se preocupaba de su apariencia personal más que la mayoría de las mujeres y estaba más satisfecho con su posición social que el valet de cualquier lord recién nombrado. Pensaba que el privilegio de ser bello era inferior sólo al de ser barón, por lo que sir Walter Elliot, que disfrutaba de ambos dones, era el constante objeto de su más ardiente respeto y devoción.

Su apostura y su título ocupaban gran parte de sus afectos; a ellos, seguramente, debió una esposa que estaba muy por encima de lo que merecía. Lady Elliot era una mujer excelente, sensata y amable cuyo criterio y conducta, prescindiendo del capricho que la impulsó en su juventud a contraer matrimonio con lord Elliot, nunca requirieron indulgencia alguna. Siempre atemperó, atenuó u ocultó los defectos de su marido y defendió su verdadera respetabilidad durante diecisiete años. No fue el ser más dichoso de la creación, pero sus deberes, amigos e hijos fueron razones suficientes para que sintiera apego por la vida, así que el momento en que fue convocada a abandonarla no le resultó indiferente. Tres hijas, las dos mayores de dieciséis y catorce años, eran un importante legado, una carga demasiado pesada para confiarla a la autoridad y tutela de un padre necio y vanidoso. Tenía, sin embargo, una amiga íntima, una mujer juiciosa y digna de estima quien, debido a la estrecha amistad que las unía, había establecido su residencia muy cerca de ella, en el pueblo de Kellynch. Lady Elliot confió sobre todo en que tanto el afecto como los consejos de su amiga ayudaran y mantuvieran los buenos principios y la educación

que con tanto celo había transmitido a sus hijas. Debe advertirse que esta mujer y sir Walter *no* se casaron, aunque sus conocidos pudieran haberlo previsto. Habían transcurrido trece años desde la muerte de lady Elliot y los dos eran vecinos y buenos amigos, pero el uno seguía siendo viudo y la otra, viuda.

Que lady Russell, de edad y carácter estables y sin ninguna necesidad económica, no pensara en casarse por segunda vez no necesita disculpa alguna ante el público, que suele enfadarse absurdamente más cuando una mujer *vuelve* a casarse que cuando *no* lo hace, pero que sir Walter continuara soltero sí requiere cierta explicación. Hay que decir que, como un buen padre (y tras sufrir dos o tres íntimos desengaños por lo absurdo de sus tentativas), se enorgullecía de seguir soltero en consideración a su querida hija. Por ella, la mayor, habría sido capaz de darlo todo, si bien nunca habían surgido muchas ocasiones de hacerlo. A los dieciséis años, Elizabeth había heredado, hasta donde era posible, los derechos y el rango de su madre; además, al ser muy hermosa y parecerse mucho a su padre influía mucho sobre él, de modo que se habían llevado siempre bien. Sus otras dos hermanas no podían compararse con ella. Mary había adquirido cierta importancia artificial al convertirse en Mrs. Charles Musgrove, mientras que Anne, a pesar de su elegancia de espíritu y dulzura de carácter, méritos que la habrían colocado muy alto si hubiera estado rodeada de personas realmente inteligentes, no era nadie para su padre o su hermana: su parecer no contaba, su mejor estrategia era siempre ceder. No era más que Anne.

Sin embargo, a ojos de lady Russell, era una ahijada muy querida y valorada, amiga y favorita. Aunque las quería a todas, sólo Anne le recordaba a su madre.

Unos años antes, Anne Elliot había sido una muchacha muy bonita, pero su lozanía se marchitó pronto, e incluso si en aquel entonces su padre la había admirado muy poco (pues sus delicados rasgos y suaves ojos oscuros eran totalmente distintos de los suyos), ahora, que estaba delgada y apagada, la admiraba todavía menos. Si nunca había albergado muchas esperanzas de leer su nombre en las páginas de su libro preferido, ahora no tenía ninguna. Todas las expectativas de encontrar una alianza a la altura de su propio abolengo se centraban en Elizabeth, pues Mary se había vinculado a una antigua familia rural respetable y de gran fortuna a la que ella había *provisto* de alcurnia sin recibir ninguna a cambio. Elizabeth sí se casaría bien algún día.

A veces, una mujer está mucho más hermosa a los veintinueve años que cuando tiene diez años menos; en general, si no ha sufrido enfermedades o ansiedades, es una época de la vida en la que apenas se ha perdido encanto. Así le ocurría a Elizabeth: seguía siendo la misma hermosísima Miss Elliot que empezó a ser trece años atrás. Por este motivo, se podría excusar a sir Walter por olvidar su edad o, al menos, considerarle sólo medio necio por creer que Elizabeth y él mismo seguían tan lozanos como siempre mientras que todos los demás estaban hechos una piltrafa, pues veía con claridad cómo iban envejeciendo el resto de su familia y sus conocidos. Anne estaba consumida, Mary se había hecho vulgar, todas las caras de la vecindad estaban cada vez peor; el rápido in-

cremento de patas de gallo en las sienes de lady Russell le venía preocupando desde hacía mucho tiempo.

No obstante, Elizabeth no se sentía tan satisfecha como su padre en cuanto a su apariencia física. Trece años llevaba siendo señora de Kellynch Hall, que presidía y dirigía con tal dominio y decisión que a nadie se le ocurría pensar que fuera más joven de lo que aparentaba. Trece años haciendo los honores, estableciendo las normas domésticas, abriendo camino hasta la calesa y saliendo de todos los salones y comedores de la comarca justo detrás de lady Russell. Las heladas de trece inviernos consecutivos la habían visto abrir cualquier baile de cierto renombre ofrecido por aquella comunidad de escasos recursos, y durante trece primaveras había viajado a Londres con su padre para disfrutar cada año del gran mundo durante unas pocas semanas. Recordaba todo esto y era muy consciente de tener veintinueve años, lo que le causaba algunos temores y aprensiones. Estaba plenamente satisfecha de estar casi tan hermosa como siempre, pero sentía cómo se aproximaban años peligrosos y la habría hecho feliz saber con certeza que algún *baronet* iba a pedir su mano el próximo año o el siguiente. Entonces, podría de nuevo retomar el libro de los libros con tanto deleite como en su más temprana juventud. Ahora lo detestaba: como lo único que veía en él era la fecha de su nacimiento seguida de la del matrimonio de su hermana, el libro era algo ominoso y más de una vez, cuando su padre lo dejaba abierto sobre la mesa, lo cerraba y empujaba a un lado sin siquiera mirarlo.

Además, había sufrido un desengaño que aquel libro, y en especial la historia de su propia familia, siempre le

recordaban. El presunto heredero William Walter Elliot, cuyos derechos habían sido apoyados con tanta generosidad por su padre, le había dado calabazas.

Quiso casarse con él cuando era una muchacha muy joven, tan pronto como supo que iba a ser el próximo barón al no tener ella ningún hermano; su padre siempre intentó que así fuera. Aunque no lo habían tratado de pequeño, poco después del fallecimiento de lady Elliot, sir Walter hizo todo lo posible por conocerle y, aunque sus intentos fueron recibidos con gran frialdad, no cejó en su empeño pensando que sus reticencias se debían a la timidez propia de todo joven. Durante una de sus estancias primaverales en Londres, estando Elizabeth en el esplendor de su belleza, Mister Elliot no tuvo más remedio que presentarse.

Por aquel entonces era un muchacho joven que acababa de empezar sus estudios de Derecho. Elizabeth lo encontró sumamente agradable y se trazaron mil planes para ganárselo. Fue invitado a Kellynch Hall; se habló de él y se le esperó durante el resto del año, pero nunca más regresó. Volvieron a verlo la primavera del siguiente año, siguieron encontrándolo sumamente agradable, y de nuevo lo invitaron y lo esperaron, sin que tampoco acudiera; la siguiente noticia fue que se había casado. En vez de perseguir su fortuna en la línea marcada como heredero de la casa Elliot, había comprado su independencia uniéndose a una mujer rica de inferior extracción social.

Aquello le sentó muy mal a sir Walter. Como jefe de la familia, pensó que debía haber sido consultado, sobre todo tras haber tomado al joven de la mano en público, «pues era seguro que los habían visto juntos» –indicó–,

«una en Tattersal's<sup>1</sup> y dos en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes».

Cuando expresó su desaprobación, ésta fue muy poco considerada. Mister Elliot ni siquiera intentó disculparse, y se mostró tan poco dispuesto a dejarse ver con la familia que sir Walter lo estimó indigno de ello; desde entonces, cesó toda relación entre ambas partes.

A pesar de los años transcurridos, esta historia tan embarazosa de Mister Elliot aún le dolía a Elizabeth, a quien el joven había agradado mucho, cuanto más por ser el heredero de su padre, cuyo fuerte orgullo familiar había visto en *él* el único partido apropiado para la hija mayor de sir Walter Elliot, pues era el único de entre todos los *baronets*, de la «a» a la «z», a quien ella podía reconocer como su igual. De todos modos, su comportamiento había sido tan miserable que, aunque en aquel momento (verano de 1814) todavía llevaba cintas negras por su esposa, Elizabeth ni siquiera podía volver a pensar de nuevo en él. Quizá el infortunio en que acabara su primer matrimonio, del cual ya no cabía pensar que hubiera descendientes, podría haber suavizado las cosas; sin embargo, todo fue a peor cuando unos buenos amigos de los Elliot les informaron de que el joven hablaba de ellos con escaso respeto, y de su sangre y del título que iba a recibir con desagrado, e incluso con desprecio. Aquello no admitía disculpas.

Éstos eran los sentimientos y sensaciones de Elizabeth Elliot; éstas las preocupaciones por mitigar, las agitaciones por cambiar, la insulsez y la elegancia, la prosperidad

1. Casa de apuestas y subastas. (*N. del T.*)

y la indigencia de su escena vital. Éstos los sentimientos más interesantes de una larga y aburrida residencia en un círculo campestre, que llenaban los vacíos que no podían llenar ni talentos o dotes para la casa ni ocupaciones útiles fuera de ella.

No obstante, una cosa nueva empezaba a exigirles cierta atención y dedicación. Su padre estaba cada vez más preocupado por el dinero. Ella sabía que cuando se ponía a mirar el *Baronetage* era para alejar de su mente tanto las facturas de sus proveedores como los ácidos comentarios de su administrador, Mister Shepherd. La hacienda Kellynch era buena, pero estaba por debajo de los méritos que, según sir Walter, correspondían a su propietario. Cuando lady Elliot estaba viva, el método, la moderación y la economía que reinaban siempre permitían que nunca sobrepasara sus ingresos; en cuanto ella murió, se acabó también toda aquella manera de hacer las cosas y, desde entonces, sir Walter Elliot siempre se excedía en sus gastos. No le era posible gastar menos, no hacía más que lo que se sentía imperiosamente llamado a hacer, y aunque no sintiera remordimiento alguno, no sólo estaba cada vez más endeudado sino que se lo recordaban tan a menudo que era inútil intentar ocultarlo por más tiempo, ni siquiera de forma parcial, ante su hija. Ya se lo había advertido la última primavera que pasaron en Londres, cuando incluso llegó a sugerir:

—¿Podemos pasar sin algo? ¿Se te ocurre alguna cosa de la que podamos prescindir?

Es justo decir que Elizabeth se puso a pensar seriamente qué podía hacer, en su primer arranque de alarma femenina, y al final propuso dos medidas: prescindir de

algunas limosnas innecesarias y abstenerse de renovar los muebles de la sala de estar; a ellas añadió la feliz ocurrencia de no llevar presente alguno a Anne, cosa que venían haciendo desde hacía muchos años. Con todo, estas medidas, que eran bienintencionadas, fueron insuficientes para atajar el mal, de cuyo verdadero alcance sir Walter tuvo que informar poco tiempo después a su hija. A Elizabeth no se le ocurrió ninguna otra acción más eficaz. Se sentía ofendida y desafortunada, al igual que su padre; ninguno de los dos sabía cómo reducir sus gastos sin comprometer su dignidad ni cómo prescindir de ninguna de sus comodidades.

Sir Walter sólo podía disponer de una pequeña parte de su propiedad, pero si hubiera podido disponer hasta del último acre el resultado habría sido el mismo. Consintió en hipotecar hasta donde le era permitido, pero nunca accedería a vender. No, nunca mancharía su nombre hasta tal punto. La hacienda Kellynch pasaría a su sucesor completa e íntegra, tal como él la había recibido.

Solicitó consejo a sus dos amigos íntimos: Mister Shepherd, que vivía en la ciudad más cercana, y lady Russell, y tanto el padre como la hija parecían estar esperando que a uno o a otro se les ocurriera alguna cosa que acabara con sus apuros y redujese sus gastos sin tener que prescindir de ningún capricho del gusto o del orgullo.

## Capítulo 2

Mister Shepherd, un abogado cortés y prudente que, sin importar cuáles fueran su opinión o sus impresiones sobre sir Walter, prefería siempre que otra persona tratase las cosas *desagradables*, se excusó de ofrecer siquiera la menor indicación, y sólo pidió permiso para adherirse al excelente criterio de lady Russell, de cuyo conocido buen juicio sólo podía esperar que recomendase medidas rigurosas, las cuales también confiaba en ver ejecutadas.

Lady Russell se ocupó del asunto con gran celo y reflexionó mucho sobre él. Era una mujer muy capaz pero poco resuelta, que tuvo grandes dificultades para llegar a una conclusión válida en este caso por debatirse entre dos principios opuestos. Al ser sumamente íntegra y tener un delicado sentido del honor, buscaba tanto no herir los sentimientos de sir Walter como mantener el honor de la familia pues, al igual que cualquier

persona honrada y juiciosa, tenía muy clara la importancia de su rango. Era afectuosa, caritativa y bondadosa, capaz de entregarse por completo, correcta en su comportamiento, estricta en la idea del decoro y con unas maneras que se consideraban un patrón de la buena crianza. Tenía un espíritu cultivado y era, en términos generales, racional y coherente; con todo, guardaba ciertos prejuicios en lo que se refiere al origen social y concedía valor al rango y a la posición, lo que le impedía ver los defectos de los que poseían estos atributos. Ella misma, viuda de un simple caballero, otorgaba a un *baronet* toda la dignidad que le correspondía; sir Walter, aparte de ser un viejo conocido, un atento vecino, el marido de su más íntima amiga y el padre de Anne y sus hermanas, merecía desde su punto de vista, sólo por el hecho de ser sir Walter, la mayor consideración y respeto por sus actuales dificultades.

Tenían que reducir gastos: de eso no había la menor duda. Sin embargo, sus esfuerzos se encaminaron a que lo hicieran sin que ni él ni Elizabeth sufrieran en exceso. Esbozó planes de ahorro, elaboró cálculos exactos e hizo lo que a nadie se le había ocurrido hacer: hablar con Anne, de quien todos los demás pensaban que tenía muy poco interés por el asunto. La consultó y, en cierto modo, incorporó sus principales sugerencias al plan de contención de gastos que finalmente entregó a sir Walter. Dichas sugerencias tenían más que ver con la honradez que con la posición social: quería medidas más ambiciosas, llevar a cabo una reforma más completa que permitiera reducir la deuda con rapidez, prestar menos atención a todo lo que no fuera justo y equitativo.

—Si podemos convencer a tu padre para que haga todo esto —dijo lady Russell, mirando el plan—, habremos conseguido mucho. Si adopta estas medidas, estará libre de deudas dentro de siete años. Espero que podamos vencerlo, a él y a Elizabeth, de que Kellynch Hall goza de una respetabilidad intrínseca que no va a verse afectada por estas reducciones, y que la verdadera dignidad de sir Walter Elliot se mantendrá incólume, a ojos de las personas sensatas, por actuar como un hombre de principios. ¿Acaso no va a hacer, en realidad, lo que muchas de nuestras primeras familias han hecho ya, o deberían ponerse a hacer? Su caso no será tan singular; es precisamente la singularidad lo que constituye la peor parte de nuestra conducta y, a veces, de nuestro sufrimiento. Tengo grandes esperanzas de poder conseguirlo. Debemos ser serias y decididas porque, después de todo, la persona que contrae deudas debe pagarlas; si bien deben tenerse en cuenta los sentimientos de tu padre como caballero y como cabeza de familia, hay que cuidar más la reputación de un hombre honrado.

Anne deseaba que su padre comenzara a regirse por este principio, apremiado por sus amistades. Pensaba que librarse de los deudores era un deber ineludible que debía hacerse con toda la rapidez que permitiera un amplio plan de recorte de gastos, y no consideraba digno hacer algo menos ambicioso. Quería que fuera aplicado, y sentido, como un deber. Consideraba que lady Russell podía ejercer gran influencia al respecto, y al estar ella misma acostumbrada a negarse cosas, creía que costaría menos convencerlos para reformarse por completo que convencerlos para reformarse a medias. Conocía a su pa-

dre y a Elizabeth, y esto la llevaba a pensar que no sería mucho menos doloroso prescindir de un par de caballos que de dos, y de este modo revisó toda la lista de pequeñas reducciones propuesta por lady Russell.

Poco importa saber cómo habrían sido tomadas las duras exigencias de Anne. Las de lady Russell no prosperaron en absoluto, no podían tolerarse ni admitirse. «¿Qué? ¿Prescindir de todas las comodidades? Viajes, Londres, criados, caballos, comidas... reducciones y supresiones por todos lados... ¿No poder vivir siquiera a la altura de un caballero?<sup>2</sup>. No, para eso era preferible dejar Kellynch Hall de inmediato que permanecer en condiciones tan lamentables.»

La mención a «dejar Kellynch Hall» la recogió al instante Mister Shepherd, que tenía un interés personal en que sir Walter economizara y estaba muy convencido de que nada podría lograrse sin cambiar de domicilio: «Puesto que la idea había surgido del mismo lugar de donde emanan las decisiones, no tenía ningún escrúpulo en confesar que ésa era su opinión. Tampoco creía que sir Walter pudiera materialmente alterar su estilo de vida en una casa que necesitara mantener su carácter de hospitalidad y anciana dignidad. En cualquier otro lugar, sir Walter podría decidir por sí mismo las características de su estilo de vida según el modelo que escogiera para su casa, y todo el mundo lo respetaría.»

Sir Walter debía abandonar Kellynch Hall; tras unos cuantos días más de dudas e incertidumbre, se decidió

2. *private gentleman*: Caballero sin cargo público que ocupaba en la escala social el puesto inmediatamente inferior al de un *baronet*. (N. del T.)

por fin la importante cuestión de dónde iba a instalarse, e incluso se tomaron las primeras medidas para llevar a cabo este gran cambio.

Había tres posibilidades: Londres, Bath u otra casa en el campo. Esta última era la opción preferida de Anne. Su ambición era disponer de una casa pequeña no demasiado lejos de donde se encontraban, en la que aún pudieran disfrutar de la compañía de lady Russell, estar cerca de Mary y tener el placer ocasional de ver el césped y las arboledas de Kellynch. No obstante, la habitual mala suerte de Anne siguió acompañándola y lo que se acordó estaba en contra de sus inclinaciones. Iba a residir en Bath, aunque le desagradara y pensara que no tenía nada que ver con la ciudad.

Sir Walter hubiera preferido vivir en Londres, pero Mister Shepherd pensó que era imposible confiar en él si se iba a la gran ciudad y tuvo la habilidad suficiente para disuadirlo de dicha idea y convencerlo para que se instalara en Bath. Era un lugar mucho más seguro para un hombre con sus problemas, pues allí podría seguir siendo importante a un precio relativamente pequeño. También pesaron en la decisión otras dos ventajas materiales de Bath sobre Londres: estaba situado más cerca de Kellynch, a sólo cincuenta millas, y lady Russell pasaba allí parte del invierno. Para satisfacción de esta última, que siempre había preferido Bath como nueva residencia de los Elliot, sir Walter y Elizabeth se convencieron de que trasladándose allí no iban a perder importancia ni a carecer de diversiones.

Lady Russell se vio obligada a oponerse a los conocidos deseos de su querida Anne. Era inútil pensar que sir